

seguramente con la complicidad del favorito de éste Don Juan Alfonso de Alburquerque) volvieron á señalarse causas de próximos y graves disturbios, aunque por de pronto y aparentemente los bastardos, excepto Don Enrique, se sometieron ahogando su pena.

380. Luchas con la nobleza y con los bastardos.—Ni los nobles de aquellos tiempos eran materia dispuesta para la tranquilidad y sumisión, ni Don Pedro hombre que les aguantara osadías ni turbulencias. Antes bien, su natural rígido é impetuoso le llevaba á la reprensión inmediata y enérgica, en la forma cruel que habían ejercitado ya su padre y abuelo. Con esto, no tardaron en producirse choques. Fué el primero con Garcilaso de la Vega, noble de Burgos, y algunos ciudadanos de esta población, que habían promovido revueltas y muerto á un oficial recaudador del rey. Garcilaso era, además, hombre altanero, partidario del de Lara y enemigo de Alburquerque. Algunas imprudencias suyas motivaron su prisión y muerte, así como la de tres burgueses, huyendo muchos otros por miedo del rey. Poco después otro noble, Don Alfonso Fernández Coronel, señor de Aguilar, se rebeló abiertamente contra el rey (aunque so color de enemistad y temor de ser maltratado por Alburquerque), buscando alianza con otros nobles y con los moros de Granada y África. Don Pedro sitió á Aguilar, la tomó é hizo matar á Coronel y á los principales caballeros que le apoyaban, declarando realenga la villa para siempre.

Por su parte, los bastardos empezaron á promover disturbios, aunque siempre con la bandera de ir contra el favorito Alburquerque. Así, Don Tello saqueó á los feriantes de Burgos que iban á Alcalá, huyendo después á Aragón, mientras Don Enrique amotinaba á los de Asturias. Don Pedro le atacó en Gijón, y al cabo, habiéndose apoderado de la mujer del bastardo y pidiendo éste la paz, se la concedió otorgándole la devolución que pedía de todos los lugares, castillos y tierras embargados por el rey y pertenecientes al propio Don Enrique, á su esposa y á la difunta Doña Leonor. Como se ve, Don Pedro se mostraba muy condescendiente con su hermano, buscando antes la tranquilidad del país que la venganza particular, no obstante los agravios recibidos.

381. Don Pedro, Doña Blanca de Borbón y Doña María de Padilla.—En 1353 casó Don Pedro con Doña Blanca de Borbón, de la familia real de Francia, casamiento negociado por Alburquerque y la reina madre. Pero, con anterioridad, Don Pedro había entrado en relaciones (favorecidas por el propio Alburquerque) con una hermosa dama de buena familia, llamada Doña María de Padilla; y tan vivo fué desde luego su amor por ella, que por todas partes iba con Doña María, dando sin rebozo pública muestra de aquellos amores, como ya hiciera su padre Alfonso XI respecto de Doña Leonor. Tan ciego estaba, que, aproximándose la ocasión de la boda con Doña Blanca, tuvo Alburquerque que ir á arrancarle de brazos de Doña María; pero Don Pedro, más atraído, á lo que parece, por su concubina que por su legítima mujer, concibió y realizó el indiscreto propósito de abandonar á ésta, fugándose de palacio á los tres días de casado, para ir á reunirse con la Padilla. Semejante hecho promovió en Valladolid, donde estaba la corte, gran alboroto. Muchos nobles, entre ellos los bastardos fuéronse á buscar al rey adhiriéndose á su conducta, por pensar que mediante ella se mermaba el poder de Alburquerque; otros la desaprobaron, retirándose á sus posesiones, como el gallego Don Fernando de Castro. Alburquerque, receloso del rey, se refugió primero en Valladolid y luego en los Carvajales, cerca de la frontera portuguesa, seguido de otros como el maestre de Calatrava, que se acogió á sus tierras. Don Pedro, persistiendo en sus propósitos y extremándolos, entregado por completo á Doña María y á los parientes de ésta, que eran ahora los favoritos, hizo trasladar en condición de presa á Doña Blanca á la fortaleza de Arévalo y cambió todo el personal de la corte, al paso que tenía recelosos á muchos nobles por haber intentado matar alevosamente á varios de ellos, salvados gracias á Doña María. El que no se salvó fué el maestre de Calatrava, amigo del de Alburquerque, á quien el rey atrajo á Almagro con promesas de seguridad, haciéndole luego prender, despojándole del Maestrazgo y dejando sin castigo al nuevo Maestre Don Diego García de Padilla que hizo asesinar al preso.

382. La liga contra los Padilla y contra el rey.—Poco después declaró el rey la guerra á Alburquerque, teniéndolo

por rebelde; y el antiguo favorito contestó á ella conviniéndose con los bastardos Don Enrique y Don Fadrique para realizar un levantamiento que arrancase la corona á Don Pedro y la pusiese en cabeza de un hijo del rey de Portugal, nieto de Sancho IV; el cual, si aceptó en un principio, rechazó luego la candidatura por recomendación de su padre.

Intervino en esto el Papa (tal vez á instancias de los caballeros franceses que acompañaron á Doña Blanca y que se volvieron á su país airados por la conducta de Don Pedro) para procurar que el rey volviese á unirse con su esposa legítima; pero Don Pedro, no sólo desoyó las amonestaciones del Pontífice, sino que concertó y celebró matrimonio con Doña Juana de Castro, viuda de noble linaje, alegando que el contraído con Doña Blanca era nulo, y hallando sin gran dificultad dos obispos (el de Salamanca y el de Ávila) que, por temor ó por ambición, declararon esa nulidad. Pero el rey, al día siguiente de su casamiento, abandonó á Doña Juana, como había hecho con Doña Blanca, no sin que el Papa censurase duramente este hecho, mandara formar proceso canónico contra los dos mencionados obispos y amenazase con la excomunión al rey.

Entretanto, la sublevación de Alburquerque y los bastardos tomaba fuerza, habiéndose unido á ellos el noble gallego Don Fernando de Castro y otros muchos. El pueblo de Toledo, á donde el rey había hecho trasladar á Doña Blanca, conolido de la triste situación de ésta se sublevó igualmente, arrastrando con su ejemplo á otras poblaciones; al paso que se apartaban del rey no pocos señores y hasta los mismos infantes de Aragón, que en un principio le ayudaron. Todos pedían que dejase á la Padilla y cesara el favor de que gozaban los parientes de ésta; designio en que (mezclada con sentimientos de piedad hacia la reina Doña Blanca, sólo verdaderos en algunos) iba, al fin y al cabo, una pura lucha por la privanza del rey. Después de varios sucesos é intentos de avenencia que hicieron los nobles sublevados, insistiendo en su pretensión y protestando á la vez de su respeto al monarca—no obstante haber muerto entonces Alburquerque y haberse atribuido su muerte á envenenamiento mandado por Don Pedro,—decidieron aquéllos, animados por la propia madre del rey, tomar una resolución enérgica;

y fué requerir al monarca para que acudiese á conferenciar con ellos en Toro, y, una vez que Don Pedro llegó á la cita, le prendieron, repartiéndose las principales dignidades de palacio y arreglando el gobierno del reino á su gusto, sin contar con el rey y aun vejándole no poco, y sin guardarle los respetos debidos, no permitiéndole ni siquiera hablar con las personas que él deseaba. Pero al cabo produjéronse entre los mismos sublevados desavenencias, aprovechándolas las cuales logró Don Pedro escapar de Toro con algunos de ellos. Este hecho causó gran consternación entre los rebeldes, que se desbandaron. Don Pedro reunió tropas y acometió á los que aun resistían, entre los que eran principales los dos bastardos Don Enrique y Don Fadrique, quienes, en venganza de una derrota sufrida en la sierra de Ávila, retrocedieron á Toledo y allí incendiaron y saquearon brutalmente la judería, degollando á muchísimos habitantes de ella. Don Pedro llegó tras ellos y recobró á Toledo y luego á Toro, castigando con la muerte en uno y otro punto, y con terrible crueldad, á multitud de rebeldes, algunos de ellos á los pies de la misma reina madre, quien maldijo á Don Pedro; á pesar de lo cual, éste la perdonó. El resultado de todo esto fué que aterrorizados los rebeldes, terminase la lucha, refugiándose Don Enrique en Francia, sometiéndose Don Fadrique y Don Tello y retirándose á Portugal la reina madre, la cual murió á poco, en 1357, no sin que se corriese la voz de que su mismo padre la había hecho matar para concluir con el escándalo que parece daba aquélla con su conducta poco recatada.

383. Primera y segunda guerra con Aragón.—Nuevas crueldades de Don Pedro.—Quedó por el pronto pacificada interiormente Castilla; pero no tardó en producirse nueva guerra exterior con Aragón. La causa ocasional de ella fué que una escuadrilla de buques catalanes se apoderó en aguas castellanas, y á presencia misma del rey, de dos naves italianas—á pretexto de haber guerra entre Aragón y Génova—menospreciando groseramente el ruego que Don Pedro hizo al jefe de aquélla para que abandonase la presa; pero las verdaderas é íntimas causas de la lucha residían en anteriores y repetidos agravios entre ambos reyes y en el carácter violento de ambos, poco leal también el de Aragón. La guerra duró poco por en-

tonces, ajustándose una tregua por un año (1357). Don Enrique el bastardo y otros nobles castellanos que estaban con él en Francia, ayudaron al de Aragón.

Los recelos entre ambos monarcas seguían en pie, no obstante; y al paso que Pedro de Aragón buscaba por todas partes auxiliares y aliados para la futura lucha, Pedro de Castilla, desconfiando de los que le rodeaban y temiendo traiciones ó castigando otras antiguas, prosiguió con sus crueles matanzas, de que fueron víctimas ahora: el bastardo Don Fadrique, por creerlo en tratos con su hermano el de Trastámara; su primo el infante Don Juan, que deseaba el señorío de Vizcaya, y muchos señores y caballeros de Córdoba, Salamanca y otros puntos.

La muerte de Don Fadrique encolerizó tanto á su hermano, que continuaba en Aragón, que sin respetar la tregua entró en tierras de Castilla, al paso que el infante Don Fernando—hermano del Don Juan asesinado por el rey—atacaba por el lado de Murcia. Don Pedro hizo grandes preparativos para llevar la guerra por mar, auxiliándose con galeras del rey de Portugal y el de Granada. Intervino el Papa, deseoso de que se concertase la paz; pero halló grandes dificultades en el de Aragón, no obstante que el de Castilla se allanaba bastante. Irritóse Don Pedro con la mala fe de su enemigo, y nuevamente vino á expresar su ira con muertes de personas principales, como su tía Doña Leonor, madre del infante Don Fernando; Doña Juana de Lara, mujer de Don Tello, y la hermana de ésta Doña Isabel. A estas muertes siguieron las de dos hermanos bastardos del rey, hijos de Doña Leonor de Guzmán: Don Juan y Don Pedro. La guerra se siguió por tierra y por mar, con diferentes vicisitudes, no sin que sufriese Don Pedro traiciones de parte de alcaides y caballeros suyos, por lo cual hizo dar muerte á varios. Al cabo, una derrota sufrida en Nájera por el bastardo Don Enrique hizo posibles las negociaciones de paz, acogidas ahora por el rey de Aragón; pero no llegaron á realizarse, continuando la guerra hasta Mayo de 1361, en que terminó por convenio, interviniendo un legado del Papa. Don Enrique y su gente se retiraron á Francia. Poco después de esto ocurrió la muerte de la reina legítima Doña Blanca, según se cree por

mandato de Don Pedro, y la de Doña María de Padilla, ésta última, dolorosamente sentida por el rey.

384. Guerra con los moros.—El rey Bermejo.—Nueva guerra con Aragón.—Aprovechando turbulencias ocurridas en Granada, cuyo trono había usurpado un reyezuelo llamado Abud-Said ó el Bermejo, comenzó Don Pedro á guerrear con los moros, unido al rey destronado Mohámed V, con quien, en pago del auxilio, estipuló ventajas materiales. La guerra duró poco, presentándose á Don Pedro el propio Abu-Said y confiándose á él; pero Don Pedro, aunque lo acogió al principio benévolaemente, lo despojó en seguida de sus riquezas y lo mató por su propia mano, en venganza de haber Abu-Said años antes ayudado al rey de Aragón. Contra éste, cuya mala fe era constante, á pesar de que aparentaba querer ayudar al de Castilla, rompió nuevamente hostilidades Don Pedro. Apenas estalló la guerra, el infante Don Enrique acudió de nuevo á la alianza con el de Aragón, firmando ambos un convenio (1363) en que por primera vez se muestra el de Trastámara como pretendiente á la Corona de Castilla; y aunque llegó á concertarse paz muy pronto entre los dos reyes, no fué ésta duradera, y el de Aragón se convino nuevamente con el bastardo para ayudarle en la conquista, mediante la entrega, cuando esto se consiguiese, del reino de Murcia y de varias plazas importantes cercanas á la frontera con Aragón. La guerra siguió, especialmente por la parte de Valencia y Murcia, buscando Don Enrique y el de Aragón alianzas con que aumentar sus fuerzas.

385. Las Compañías blancas.—Victorias de Don Enrique.—De estos auxiliares fueron las célebres *Compañías blancas* ó mesnadas de aventureros que á la sazón infestaban la Francia y con las cuales había combatido Don Enrique. Concertáronse con ellas el de Trastámara y el rey de Aragón, y ayudaron á su propósito de que vinieran á España, el propio rey de Francia y el Papa (residentes en Aviñón), quienes deseaban quitarse de encima tan incómodos huéspedes, á tal punto que el mismo Papa les dió cien mil florines en oro. El de Aragón, por su parte, les dió otros cien mil, y además el derecho de todo el pillaje ó botín que hallasen en España, á condición de que no habían de combatir lugar ni fortaleza alguna pertenecientes á

aquel monarca. A pesar de este pacto, y de los grandes honores que el rey de Aragón hizo al jefe de las Compañías dándole también el título de conde de Borja, los aventureros cometieron grandes tropelías, robos, muertes é incendios en Barbastro y otros pueblos de Aragón. Formaban las Compañías gentes de todas procedencias (alemanes, gascones, españoles, ingleses, etc.), aventureros acostumbrados á la guerra, pero con poca disciplina. Dirigíalas Beltrán Duguesclín (caballero francés que antes había combatido contra ellas en Francia), junto con varios señores importantes, franceses é ingleses. A Don Enrique acompañaban también varios nobles castellanos y aragoneses, y con ellos, habiendo tomado á Calahorra, se hizo proclamar rey de Castilla en 16 de Marzo de 1366.

Como si este hecho hubiese sido prenda de victoria, Don Enrique ganó sucesivamente á Burgos (donde se coronó), Toledo y Sevilla. Don Pedro tuvo que huir á Galicia, y de allí á Bayona de Francia. Don Enrique se apresuró á despedir á las Compañías, aunque quedaron algunas, con Beltrán y otros caudillos.

386. Nuevas alianzas de Don Pedro.—Derrota de Don Enrique.—Montiel.—Don Pedro buscó y halló en tan apurado trance el auxilio de los ingleses y del rey de Navarra, siéndole preciso acudir á este apoyo en fuerzas extranjeras, porque la mayoría de los nobles (si se exceptúan algunos de Galicia) y la masa del pueblo, ó se habían declarado por Don Enrique, ó se habian sometido á él después de la victoria. Don Pedro no consiguió aquellas alianzas graciosamente: hubo de prometer la cesión de Guipúzcoa, Álava, Logroño, Fitero, Calahorra y Alfaro al rey de Navarra y la de Bermeo, Lequeitio, Bilbao, tierra de Castrourdiales, y otros muchos castillos, territorios, villas y aldeas. De las fuerzas auxiliares, sin embargo, sólo pudo contar luego con las de los ingleses, cuyo príncipe de Gales ó heredero de la Corona, vino personalmente á dirigir la lucha. En cuanto al rey de Navarra, no cumplió los pactos.

La campaña fué, al principio, favorable á Don Enrique; pero á poco sufrió una terrible derrota en los campos de Nájera, que le obligó á huir á Francia. Don Pedro, á pesar de la protección caballerosa que el príncipe de Gales quiso dar á los

prisioneros, mató á varios de éstos y se empeñó en que le fueran entregados otros, cosa que disgustó mucho al inglés. Don Pedro no por esto dejó de ordenar muertes en Toledo, en Córdoba y en Sevilla. Disgustado cada vez más con ello el príncipe de Gales (y también por no pagar Don Pedro á sus soldados ni ponerle en posesión de las villas prometidas) se volvió á Francia, á tiempo que muchas poblaciones de Castilla se sublevaban contra Don Pedro, y Don Enrique entraba nuevamente en España para proseguir la lucha, reuniendo en favor suyo los votos de la mayoría; y es de notar que por entonces apeló el bastardo al recurso (muy repetido en la historia) de dar color religioso á la guerra, acusando á su hermano de hereje por haber buscado alianza con los moros de Granada. Don Enrique fué nuevamente afortunado en su campaña, que terminó bien pronto con derrota de Don Pedro en los llanos de Montiel. Refugióse el rey en el castillo, donde lo sitió Don Enrique. Buscando la salida, propuso aquél á Duguesclín que se le facilitase, y éste se negó al pronto, por no ser infiel á su señor; pero luego, por instigación del bastardo, fingió ceder y atrajo á su tienda á Don Pedro y varios caballeros leales, quedando todos prisioneros. Sobrevino entonces Don Enrique, el cual acometió á su hermano; y trabándose la lucha cuerpo á cuerpo, si bien cayó aquél debajo, ayudado luego por el vizconde de Rocaberti ó algún otro parcial, logró sobreponerse y mató á Don Pedro (23 de marzo de 1369). Así terminó la guerra civil y el reinado de Pedro I, llamado el *Justiciero* y el *Cruel*.

387. Enrique. II.—Luchas en el interior y en el exterior.—Aunque con la muerte de Don Pedro la mayoría de los nobles y de la población castellana se sometió al bastardo, quedaron todavía fieles á la memoria del rey legítimo Carmona, Ciudad Rodrigo, Zamora, Molina y otros lugares, que se sublevaron contra aquél, á la vez que el de Aragón alegaba pretensiones á ciertas villas y el de Portugal entraba en Galicia como defensor de las hijas de Don Pedro. Don Enrique luchó contra el de Portugal en primer término, logrando ventajas por partes de tierra, si bien la escuadra portuguesa asoló las costas andaluzas. Rindió luego á Zamora y Carmona, y, fal-

tando á lo pactado en la rendición, hizo matar al alcaide de esta última plaza, Martín López de Córdoba, guardador de dos hijas de Don Pedro, que fueron puestas en prisión.

Aunque de momento se vió obligado á pactar la paz el rey de Portugal, pronto la rompió nuevamente, y Don Enrique tuvo que luchar otra vez con él, con el de Navarra y con los rebeldes de Galicia, á la vez que, para ayudar á su amigo el rey de Francia, enviaba á la costa de la Guayana una escuadra que derrotó á la de los ingleses, con prisión del almirante de éstos, conde de Pembroke. No hubo de guiar á Don Enrique en esta guerra solamente el deseo de ayudar al rey de Francia en sus luchas con los ingleses. También le movía el propio interés, puesto que los príncipes ingleses eran ya, por entonces, un peligro para el nuevo rey de Castilla. Procedía este peligro de haber casado dos de los hijos del rey de Inglaterra, el duque de Lancaster y el de York, con dos hijas de Don Pedro I y Doña María de Padilla, llamadas Doña Constanza y Doña Isabel. El duque de Lancaster, apoyado en esta unión, y con el beneplácito de su padre Eduardo III, que fué amigo de Don Pedro, alegó derechos á la corona de Castilla y se tituló rey de ella en unión con su mujer, Doña Constanza. En este sentido declaró la guerra á Don Enrique, quien, como hemos visto, llevó ventaja al principio en la batalla naval mencionada y en otra posterior. Poco después, obtenía nuevos triunfos contra el rey de Portugal, llegando á sitiar á Lisboa y obligándole á pedir la paz; con lo cual pudo dirigirse contra el rey de Navarra (logrando igualmente reducirlo á buena amistad) y luego contra el duque de Lancaster, que amenazaba invadir á Castilla. Don Enrique pasó el Bidasoa y llegó á sitiar, aunque sin éxito, á Bayona; y poco después afirmaba su alianza con los reyes de Aragón y Navarra, mediante el casamiento del infante de Castilla, Don Juan, con una hija de Don Pedro de Aragón y el del infante Don Carlos de Navarra con una hija de Don Enrique. En el mismo año, habiéndose pactado tregua por mediación del Papa entre los reyes de Francia y de Inglaterra, se hizo extensiva á Castilla por un año (2 de Agosto de 1375). Con esto, y la paz renovada en igual época con los moros de Granada, comenzó un período de paz que Don En-

rique aprovechó para ir afianzando su dinastía, templando pasados odios y allegándose amistades, mediante concesión de privilegios y mercedes, incluso á sus enemigos anteriores. Todavía se suscitó nueva guerra, si bien de escasa duración, con el rey de Navarra; y á poco de firmar las paces, murió en Santo Domingo de la Calzada (Mayo de 1379).

388. Don Juan I.—Guerra con Portugal.—Aljubarrota.—Sucedió á Don Enrique en el trono su hijo legítimo Don Juan, quien continuó desde luego la política de su padre, renovando la alianza con Francia, reuniendo Cortes, otorgando mercedes y mejorando la legislación. Inicióse nueva guerra con Portugal; pero, habiendo logrado ventajas en ella Don Juan, se ajustaron en breves paces, concertándose el matrimonio de la infanta portuguesa Doña Beatriz con un hijo del rey de Castilla; y habiendo quedado éste viudo á poco, casó con Doña Beatriz en vez de su hijo, bajo condición de que, si el rey de Portugal fallecía sin sucesión masculina, pasaría su corona á Doña Beatriz.

Parecía con esto bien preparada la unión de los dos reinos occidentales de la Península; pero el amor á su independencia que tenía el pueblo portugués (en especial la nobleza) y su animosidad contra los castellanos, hicieron fracasar el intento, pues en lugar de reconocer lo pactado por su rey difunto, se sublevó, nombrando rey al Maestre de la Orden de Avis (fundada á mediados del siglo XII), que tomó el nombre de Juan I. El rey de Castilla entró en Portugal y puso sitio á Lisboa, pero tuvo que retirarse por haberse desarrollado gran epidemia en el ejército. Una nueva invasión produjo la batalla de Aljubarrota, en que fueron derrotadas las armas de Castilla é imposibilitada la unión de las dos coronas.

389. Alianza con la Casa de Inglaterra.—Legitimación de la rama bastarda.—Renovó en esto sus pretensiones el duque de Lancaster, y ayudado por el rey de Portugal entró en Galicia y se apoderó de varias poblaciones. Don Juan, en vez de empeñarse en una guerra de problemáticos resultados, concertó alianza con el de Lancaster, realizándose el casamiento de una hija de éste y de Doña Constanza (nieta, por tanto, de Don Pedro I) con el infante Don Enrique, hijo de Don Juan y heredero de la Corona. Tomaron los nuevos esposos el título

de Príncipes de Asturias, que desde entonces usan los herederos del trono. De este modo se unieron las ramas de los dos hermanos enemigos, Don Pedro y Don Enrique, legitimándose la dinastía bastarda. Ocurrió esto el año 1388, y en el mismo murió prematuramente Don Juan de la caída de un caballo.

390. Nuevas luchas con la nobleza.—La cuestión del Pado.—El nuevo rey, Enrique III, era de menor edad cuando murió su padre, y la situación del reino no se ofrecía como la más á propósito para que la minoría fuese tranquila, sino antes bien para que se renovasen los tumultos de las de Fernando IV y otros reyes (§ 375). De una parte, la nobleza—que había cobrado nuevos bríos al calor de las luchas civiles de Don Pedro y Don Enrique y de las desmedidas mercedes de éste—mostraba de nuevo su natural anárquico y ambicioso; de otra, las cuestiones sociales se habían complicado especialmente en lo que se refería á los judíos, muy protegidos antes, según sabemos, perseguidos ahora (no siempre por motivos que tengan honrada explicación) y maltratados á cada paso por los mismos infantes (los hermanos bastardos de Don Pedro) y por el pueblo. Resultado de éstos dos grupos de causas, fué que la minoridad de Enrique III abundase en trastornos. Los regentes atendieron más bien á su provecho personal que al del reino; los nobles, divididos en bandos, peleaban entre sí, como el conde de Niebla y los Ponces en Sevilla, ensangrentando las ciudades; las matanzas de judíos se sucedían desde 1391, que empezaron en gran escala en Sevilla, en todas las villas andaluzas y en Castilla la desorganización era, en fin, general y grave.

El rey, que no obstante ser débil de complexión (por lo que se le conoce con el dictado de *El Doliente*) tenía gran fuerza de ánimo, apenas se declaró de mayor edad á los 14 años se apresuró á remediar los males producidos por los regentes y la nobleza, revocando muchas mercedes desmedidas hechas por aquéllos en daño del Real Patrimonio, obligando á que fuesen restituidas rentas y posesiones usurpadas y castigando las banderías de nobles. Cuéntase, como suceso (más ó menos real) que pinta gráficamente los abusos de los palaciegos, que un día, al pedir el rey la comida en Burgos, le fué contestado que no había nada con qué hacerla ni quien lo fiase, advirtiéndole al

propio tiempo que aquella misma noche celebraban gran banquete en casa del arzobispo de Toledo, Don Pedro Tenorio, varios magnates de los que más habían usurpado rentas de la Corona. El rey empeñó aquella noche su gabán para comer, y luego, disfrazado de sirviente, presenció la comida de los nobles. Al día siguiente los llamó á su cámara y preguntó al arzobispo cuántos reyes había conocido en Castilla. «Tres, contestó el prelado.—Pues yo, dijo el rey, con ser más mozo, he conocido más de veinte, y desde hoy no ha de haber más que yo». Hizo entonces salir á su guardia y al verdugo y amenazó á los magnates con quitarles la vida si no restituían al punto las rentas reales.

391. Guerra con Portugal y los moros.—Relaciones diplomáticas.—Las Canarias.—Renovóse la guerra con Portugal, cuyas tropas se apoderaron, sin previa declaración de guerra, de Badajoz; pero Don Enrique recobró la plaza (1397). Atendiendo á la necesidad que había de poner coto á las expediciones de piratas musulmanes, que desde África caían constantemente, asolándolas, sobre las costas españolas, el rey mandó organizar una expedición marítima contra Tetuán. La escuadra española forzó la barra del río Martín y destruyó la ciudad africana (1400), refugio de piratas.

Atendió igualmente Don Enrique á las relaciones diplomáticas; y por ser entonces soberano poderosísimo y célebre en Europa el emperador del Mogol y rey de Persia, Tamerlán—y probablemente también por importar mucho las relaciones comerciales con Oriente,—Don Enrique envió una embajada de dos nobles castellanos y luego otra, de que se escribió, como veremos, una relación muy interesante. Tamerlán acogió muy bien á los delegados del rey de Castilla, y envió á su vez una embajada.

El Cisma de Occidente, que afligía á la Iglesia Católica por entonces, preocupaba, como era natural, á nuestros reyes. Ya Enrique II había adoptado una actitud neutral, mandando que se retuviesen las rentas pontificias hasta que hubiese Papa legítimo y reconocido por todos. Bajo Juan I, la Iglesia española se había adherido á la causa de Clemente VII, que residía en Aviñón, contra Urbano VII, que estaba en Roma. Enrique III,

deseando terminar estas cuestiones, se apartó de la obediencia de Benedicto XIII, sucesor de Clemente VII (no obstante ser español: el llamado antipapa Luna), por estar contra él la corte de Roma.

Todavía hubiera llevado la guerra Don Enrique contra los moros de Granada, á no haber muerto prematuramente (1406).

Don Enrique protegió también la conquista y colonización de las islas Canarias, que, si bien conocidas (y aún disputadas desde tiempo de Alfonso XI), no estaban formalmente en posesión de ningún Estado europeo. En 1402 empezaron la conquista Rubín de Bracamonte y su primo Juan de Bethencourt, que juró fidelidad al rey de Castilla; pero luego las cosas tomaron otro rumbo, según veremos.

392. Minoridad de Don Juan II.—Aun no tenía dos años cumplidos el heredero de Don Enrique, cuando éste murió. Parecía lógico que sobreviniera nueva minoridad tumultuosa. No fué así, gracias á las relevantes condiciones personales del regente, cuyo cargo recayó ahora en un tío del rey, llamado Don Fernando. No faltaron al regente sugerencias para que se amparase del trono, desposeyendo á su sobrino; pero él rechazó noblemente tales propuestas, y tuvo energía y habilidad bastante para sortear las dificultades que la misma reina madre oponía á su gestión, y para sujetar las ambiciones y banderías de los nobles. Para distraer las fuerzas de éstos y reprimir á la vez las audacias de los moros—que ya en los últimos días de Enrique III habían derrotado al Maestre Santiago—llevó Don Fernando la guerra contra el reino de Granada, consiguiendo conquistar la importante plaza de Antequera (1410), de donde vino al regente el nombre de Don Fernando de Antequera. Desgraciadamente, no dirigió éste los negocios del reino durante toda la minoridad de su sobrino. En 1412 fué llamado por elección cuyos trámites se estudian en otro lugar (§ 412), al trono de Aragón, y la regencia pasó entonces á la reina madre Doña Catalina, cuyo mal influjo no tuvo por fortuna mucho tiempo para ejercerse, pues murió meses después. Las Cortes declararon la mayor edad del rey, que contaba ya catorce años.

393. Don Alvaro de Luna.—**Luchas con la nobleza**—Era el rey Don Juan hombre muy entregado á las aficiones litera-

rias, á las diversiones y espectáculos de la caballería y débil é indeciso de voluntad: con esto, poco apto ni gustoso para el gobierno de su Estado. Era lógico, pues, que lo confiase á persona cuya voluntad le dominara y á quien profesase cariño. Estas condiciones se reunían en un sobrino del arzobispo de Toledo (Don Pedro de Luna) llamado Don Álvaro, que, llevado de muy joven á la corte, se había criado casi al lado del rey. Tan larga relación en edad temprana, el ser Don Alvaro también amante y cultivador de las letras, y estar dotado de superiores condiciones de carácter é inteligencia, diéronle gran ascendiente sobre Don Juan. Este favoritismo exclusivo no podía tolerarlo la ambiciosa y turbulenta nobleza, contra cuyas maquinaciones era, también, fuerte obstáculo la energía de Don Alvaro. Formáronse partidos contra él, acaudillados por dos primos del rey, Don Juan y Don Enrique, á la vez, enemigos entre sí. Don Enrique logró apoderarse del rey y tenerlo en su poder algún tiempo; pero lograron fugarse el rey y Don Álvaro y deshacerse de los dos caudillos rivales, por haber casado Don Juan con la heredera del trono de Navarra y Don Enrique con una hermana del rey. Aun desprovistos de estos jefes, los nobles continuaron intrigando contra Don Álvaro y constituyeron una coalición formidable, atemorizado por la cual el rey consintió en desterrar de la corte á Don Alvaro. El destierro duró poco tiempo, porque Don Juan no sabía pasarse sin su favorito, ni hallaba persona que con ventaja le reemplazara.

Se repitió esta escena varias veces, ora cediese Don Juan al temor de los nobles, ora á su amor por Don Álvaro, el cual, en los periodos de favor que gozaba, emprendió por dos veces la guerra contra los moros, logrando en la primera una gran victoria llamada de la Higuera (cerca de Granada), y en la segunda conquistar algunas plazas; pero estos éxitos fueron perdidos, porque las discordias civiles creaban serias dificultades interiores y preocupaban ante todo. Al cabo, los nobles, á quienes apoyaba el príncipe de Asturias (cuyo favorito Don Pedro Téllez Girón, maestre de Calatrava, era cabeza de los enemigos de Don Álvaro), se presentaron en franca rebelión, y fué forzoso que acudiese á castigarla el rey. Dióse batalla en Olmedo, en la cual fueron enteramente derrotados aquéllos



Fig. 126.—Un trozo del campo de batalla de Higuera, en el que se ve la forma de atacar las tropas castellanas.
(Proceso de la vida de las batallas en el historiador.)

(1445); pareciendo con esto que quedaba asegurada la privanza del de Luna. En todas estas contiendas, á partir de 1439, figuró, al lado de Don Álvaro, un aventurero español, Rodrigo de Villandrando, que había hecho famoso y terrible su nombre en Francia, como jefe de bandas mercenarias que, según los hábitos de la época, combatían á menudo en provecho propio. Villandrando, llamado por Don Álvaro, entró en España en la fecha referida, con tres ó cuatro mil hombres. Tomó á Roa, prestó grandes servicios al rey y asistió á la batalla de Olmedo. Ya antes había intervenido en las contiendas del rey de Castilla con el de Aragón. Villandrando fué conde de Ribadeo.

La fortuna del privado de Don Juan II cambió por la intervención de un nuevo elemento que el propio Don Álvaro trajo sin sospechar que había de ser su mortal enemigo. Fué éste la segunda mujer de Don Juan, Doña Isabel, infanta de Portugal, á cuya voluntad se doblégó bien pronto la débil del rey. Doña Isabel se declaró enemiga del favorito y trabajó todo lo posible para derrotarlo, ayudando á la obra de los nobles. Consiguió, al fin, que Don Juan diese orden de prender á Don Álvaro, el cual, si se resistió en un principio, cedió en cuanto le presentaron una cédula del rey en que éste le aseguraba el respeto á la persona. No se cumplió esta promesa. Doce letrados del Consejo Real, enemigos de Don Álvaro, le formaron causa y le juzgaron (no hallando otros motivos más serios) como culpable de haber dado hechizos al rey á fin de dominar su voluntad, con otros insignificantes cargos en virtud de los cuales fué condenado á muerte. La sentencia se ejecutó en Valladolid (1453). El rey murió poco después.

394. Enrique IV.—Nuevas luchas con la nobleza.—Sucedió en el trono á Juan II su hijo mayor, Enrique IV (1454),



Fig. 127.—Don Álvaro de Luna, según la estatua de su sepulcro.